

RECENSIONES

Tommie Sue Montgomery. *Revolution in El Salvador. Origins and evolution.* Boulder: Westview Press, 1982, 252 páginas.

El presente libro, escrito por Tommie Sue Montgomery, doctora en ciencias políticas, es diferente a otros muchos que se han escrito sobre El Salvador desde el exterior. El hecho de ser ella de nacionalidad norteamericana —aunque buena conocedora de la lengua castellana—, más su profesión universitaria, le han ayudado a potenciar ciertas ventajas de que podía gozar y a compensar inconvenientes que a tales personas se les presentan con relativa frecuencia. Hay autores extranjeros que, muchas veces desconocedores hasta del idioma de estas tierras, se aventuran a escribir trabajos basados en las fuentes de que disponen en su propio país o, cuando más, tras una rápida visita a El Salvador (u otra nación similar) en la que son más o menos rutinariamente informados por la delegación diplomática propia, por las élites que dominan su idioma, y por alguna instancia oficial, pero sin tener mayor acceso a otras fuentes o al pueblo ignaro de su idioma y desconfiado frente al extranjero y/o desconocido, se aventuran a publicar libros o trabajos que pueden tener un gran mérito y constituir para ellos una gran satisfacción, pero que revelan una verdad muy relativizada y parcial de las realidades que dicen haber estudiado.

Tommie Sue, en cambio, ha dedicado a su libro más de dos años y medio, entregada durante la mayor parte de ese tiempo a una investigación seria y profunda, con todo el rigor científico de un académico de ciencias sociales. Sus continuas y prolongadas visitas a la zona para entre-

vistar a las más distintas fuerzas sociales y personas relevantes de cualquier tendencia, ya fuera en el mismo territorio salvadoreño, ya fuera en otras naciones cercanas en las que podía encontrar a agentes socio-políticos claves; las visitas a zonas y regiones del país que están bajo los efectos de la misma acción bélica, o a los lugares donde se refugian muchos de los afectados por la tragedia salvadoreña, fueron completadas por la accesibilidad a funcionarios del más alto rango en la delegación norteamericana en su país, basada en el derecho que asiste a todo ciudadano norteamericano, pero de modo especial por su obstinación en recabar esos datos pese a reticencias explicables. Su carácter académico y su nacionalidad, por otro lado, le abrieron las puertas a la investigación en los Estados Unidos, ya fuera bibliográfica, periodística, de documentos del Congreso, entrevistas a personalidades claves en la política norteamericana hacia la región, y a la multiplicidad de reuniones, forums, **readings** y demás discusiones que con tanta frecuencia se sostienen en los Estados Unidos.

Todo ello hace que Tommie Sue haya escrito un libro distinto, no sólo en la calidad académica, sino en el rigor de la información y procesamiento y análisis de los datos; la abundancia y riqueza de éstos es uno de los mayores méritos del presente trabajo, inaccesibles para la mayor parte de los investigadores criollos. Pero, más aún, la misma realidad y objetividad de los hechos la ha obligado a adoptar una postura, ya desde su mismo prefacio, que, en sus palabras, no puede ser neutral ya que la neutralidad no se da en la realidad conflictiva que estudia. Desde el comienzo opta por la justicia, la verdad, la paz y es-

tá decididamente en contra de la violencia, la injusticia secular, la opresión y represión, la ideologización de las masas, la guerra con todas sus secuelas. El que haya obtenido un prólogo (introducción) de Román Mayorga Quiroz, dada su calidad académica y política durante la primera junta de gobierno, le añade un fuerte respaldo, testimonial y equilibrado, al presente trabajo.

Ha dividido el libro en seis capítulos. En el primero analiza el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979 y todo el proceso hasta la renuncia de la primera junta en los primeros días de enero de 1980. Para entender este acontecimiento, retrotrae la historia y su análisis en los dos siguientes capítulos, primero en cuanto al proceso económico, la concentración de la tierra y de las riquezas, la depauperación de las masas y sus movimientos reivindicativos que se van repitiendo sin éxito y luego al proceso político, sobre todo en el presente siglo y tras el levantamiento campesino de 1932, en el que la democracia salvadoreña va cerrando todos los cauces de participación popular, en base a la hegemonía excluyente de la minoritaria clase dominante aliada con la institución armada. Una constante va descubriendo la autora en el proceso salvadoreño: la explotación de las masas se va acentuando por una represión que se vuelve excesiva y aviva los movimientos reivindicativos, hasta lograr la deslegitimación del régimen, un golpe de Estado de la "juventud militar", con una proclama progresista que hace concesiones y disminuye las tensiones, un rápido contragolpe que reinstaura en el poder a las fuerzas vinculadas con el capital, o consiga la corrupción o cooptación de los detentadores del poder ("derechización del proceso"), unas elecciones amañadas en las que se asegura el triunfo del partido oficial creado para exaltar a la presidencia al hombre fuerte del golpe, el inicio de un nuevo ciclo que repetirá casi matemáticamente los pasos anteriores. En todo el proceso, y especialmente en los momentos de recambio, la presencia de los EE.UU. y de sus representantes diplomáticos y agregados militares es más que de puros testigos, y ningún paso prosperará sin su anuencia o su apoyo positivo.

Sin embargo, en el último recambio (15 de octubre de 1979), dos fuerzas sociales nuevas y trascendentales vienen jugando un papel catalizador y activo desde la década de los 70: la Iglesia católica (capítulo 4) y las organizaciones populares (capítulo 5). La Iglesia católica había es-

tado con mucha frecuencia y salvo excepciones, aliada con las fuerzas sociales dominantes, pero desde el concilio Vaticano II y, sobre todo, desde Medellín, había comenzado un proceso de renovación y "conversión" constante y progresivo —aunque no total, sobre todo en lo que respecta a la jerarquía—, que le hizo a Rockefeller predecir que si toda la Iglesia latinoamericana seguía los lineamientos de Medellín, los intereses de los EE.UU. en el continente estarían perdidos. La nueva pastoral y la formación de comunidades de base, sobre todo en el campo, comenzaron el proceso de desideologización fatalista y resignada, despertando la conciencia de la liberación del pueblo de Dios, del pecado estructural de la sociedad y de la necesidad de cambiarla para crear el Reino de Dios; al mismo tiempo, descubrían los líderes naturales y los promovían como dirigentes de la comunidad. La respuesta del régimen no se hizo esperar, y se organizó un sistema de persecución progresivo que llevaría al asesinato del arzobispo Romero, de diez sacerdotes más, de 4 religiosas norteamericanas, de centenares de dirigentes cristianos laicos y de miles de cristianos en vías de concientización, más la expulsión, captura, tortura y desapariciones de un número incontable de las mismas categorías.

Por su parte, las organizaciones populares fueron creándose o creciendo rápidamente, aglutinándose y dividiéndose, pero incrementando su fuerza social, sus luchas pacíficas, hasta derivar a la creación o alianza de organizaciones político-diplomáticas. Aunque la Iglesia católica no fundó esas organizaciones, muchos de sus cuadros provinieron de las comunidades de base y, tal vez sin haberlo pretendido reflejamente, la desideologización y concientización liberadora rompió las barreras para que el trabajo político fuera sumamente fecundo, al tiempo que el espíritu cristiano daba un carácter peculiar a las organizaciones. La represión y persecución del régimen a las organizaciones fue también inmediata y progresiva, creando si no una lucha armada sistemática, sí una polarización y la convicción de que los métodos pacíficos no conducirían a ninguna ventaja para el pueblo, lo que daría paso a la militarización que condujo a la presente guerra civil.

En el capítulo 6, y último, retoma la autora el proceso salvadoreño desde el fracaso de la primera junta, para analizar los acontecimientos ulteriores. Ve confirmada su tesis de la "derechización", y va mostrando cómo se va produciendo

el fenómeno, paso a paso, hasta culminar con el triunfo de los partidos derechistas en las elecciones de marzo de 1982. Este período es para el lector el más conocido, pero también es el que Tommie Sue ha investigado con más intensidad y mayor riqueza de datos. En todo él se va haciendo cada vez más presente y determinante la dominación e intervención del gobierno de los Estados Unidos, que prácticamente han constituido a El Salvador en un protectorado suyo, violando con el más impúdico descaro su autonomía y nacionalidad. Todos los proyectos y tácticas se planifican en Washington y aquí se siguen con las limitaciones y contradicciones del subdesarrollo y desintegración social galopantes. Se queda la autora a la expectativa del futuro, previendo la intervención o la negociación, analizando los pros y los contras que ambas ofrecen a los intereses norteamericanos, que no a los salvadoreños.

Como se indica al principio, la obra que comentamos sobresale por su seriedad, rigor científico, riqueza de datos y entrevistas. Hay algunos pequeños detalles que no parecen del todo correctos, o que tal vez pueden ser interpretados en forma distinta. Sostiene (pág. 40) que el paso a la cafcultura se dio en gran parte de los hacendados del añil, cuando la historia parece indicar que fue otro grupo social el que se embarcó en la aventura cafetalera. A nuestro juicio, le da un papel demasiado importante al PCS en el levantamiento campesino de 1932, (págs. 47-53) como es la tesis aceptada generalmente, cuando la estructuración del partido era muy débil y sus mismos documentos muestran el reducido acceso al campo y la dificultad de controlar el movimiento espontáneo. Sostiene (pág. 177) que sacerdotes —en número de unos siete— se habían juntado al FMLN como combatientes, lo cual puede responder a propaganda de alguna organización, o a una incorrecta interpretación, pero no a la realidad —sí es cierto, en cambio, que hay sacerdotes y monjas en trabajo pastoral entre la población que vive en zonas controladas por el FMLN, como añade luego. Le concede credibilidad a los datos oficiales y norteamericanos sobre los resultados de las elecciones del 28 de marzo de 1982, sin tomar en cuenta la inconsistencia de los mismos y los estudios críticos que se han publicado para desmentirlos. Sin embargo, estos detalles son de menor relevancia en todo el conjunto de la obra y explicables en una persona extraña al proceso, aunque muy compenetrada con el mismo. Por todo ello, este libro es de lec-

tura y estudio indispensable para los interesados en los análisis científicos del proceso salvadoreño.

S.M.

Ignacio Martín-Baró. Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica.
San Salvador: UCA-Editores, 1983, 459 páginas.

La psicología social es ciertamente difícil, pues va a caballo de dos disciplinas, la psicología y la sociología. Descubrir en los hechos sociales las raíces y motivaciones psicológicas, o percibir en los hechos individuales los condicionamientos sociales, es una tarea ardua y compleja para la que no hay abundancia de científicos que dominen ambos campos. Es muy frecuente que se polaricen hacia interpretaciones psicologistas o sociologistas, más que encontrar la interrelación de ambos aspectos de la realidad social.

Martín Baró ha realizado un gran esfuerzo en esta obra para descubrir los elementos individuales y sociales, sus raíces y su imbricación en el accionar humano. Para poder entender la relación que existe entre individuo y sociedad, nos adentra en la estructura psicológica del ser humano —que es social—, así como en las estructuras sociales, para interpretar la acción, ya sea la “prosocial”, ya sea la que aparece dirigida en sentido contrario, la “violencia y agresión social” ejercidas por ambas partes antagónicas de una sociedad dividida. En todo este mecanismo y proceso, la ideología juega un papel de suma importancia, ya sea como inspiradora de las acciones, ya sea como encubridora de las motivaciones inconfesables o inconscientes.

El presente trabajo demuestra un elevado conocimiento teórico, una increíble erudición en cuanto a corrientes, teoría y autores. Pero su mérito mayor, a nuestro juicio, radica en el punto de partida adoptado: contrastar la realidad con la teoría, someter a prueba las distintas interpretaciones, en base a la realidad concreta, para descubrir cuál de ellas responde mejor a la realidad histórica, o para elaborar una nueva. Aunque la realidad social que se toma como base es la salvadoreña —dada la experiencia y el lugar de trabajo del autor—, las realidades de los demás países de Centroamérica, o incluso de América Latina, fácilmente son adaptables al esquema

utilizado aquí. Martín Baró ha establecido una metodología y una pauta que sirvan de guía o modelo para adecuaciones similares en otras realidades históricas latinoamericanas.

El libro que presentamos no es precisamente una investigación —a pesar del arduo trabajo de investigación que encierra—, sino un libro de texto para el estudio de la psicología social en años avanzados de carreras universitarias, lo que exige un relativamente elevado nivel de conocimientos. Visto desde tal perspectiva, el libro está editado pedagógicamente, intercalando figuras, esquemas, cuadros, lecturas, etc., en recuadros; todos ellos muy vinculados tanto con el tema que se va desarrollando como con la realidad concreta que se somete a análisis. Un gran acierto lo constituyen las “tiras cómicas” de Mafalda, intercaladas en el texto, que expresan en forma agradable e hiriente los temas abstractos que a veces no hay más remedio que presentar. El resumen que ofrece al final de cada capítulo también es de gran ayuda para el lector o el estudiante.

Como decíamos al principio, la psicología social es una disciplina difícil. Un agravante aún se da en nuestras universidades, y es que los textos disponibles están escritos en su inmensa mayoría en otros países y en otras realidades históricas, no sólo distintas, sino la mayor parte de las veces cualitativamente contrarias, como son las de los Estados Unidos o de Europa. El utilizar dichos textos implica, o bien incrementar la dependencia ideológica y la consiguiente alienación de los futuros profesionales, o realizar un esfuerzo ímprobo de traducción de los principios y sus aplicaciones a una realidad tan dispar que significa una ruptura de la misma disciplina o del equilibrio psico-social de profesores y alumnos, tendiente a tomas de posturas radicales, más que científicas.

El texto de Martín Baró, en conclusión, aparte de su valor intrínseco ya indicado, presta un gran servicio a la docencia y a la investigación universitarias en esta rama del conocimiento, no sólo para los salvadoreños, que verán una aplicación directa de su realidad histórica, sino también a otros muchos latinoamericanos que verán en ésta un reflejo más cercano y similar con sus propias realidades, para lo que el esfuerzo de traducción y adecuación será mucho menor.

S.M.

Wolfgang Beinert. **Introducción a la teología.**
Barcelona: Herder, 191, 244 páginas.

El libro de Wolfgang Beinert constituye, más que una introducción al contenido de la enseñanza de la teología, una presentación panorámica de la problemática del quehacer teológico. Beinert concibe la teología como un saber científico a través del cual Dios expresa su palabra. Tal concepción, sin embargo, es sumamente problemática, como el mismo Beinert admite al preguntarse si realmente “se puede hablar de Dios de una manera científica...”

La teología es particularmente problemática como ciencia en virtud de su objeto formal propio. De ahí que el autor dedique la mitad del libro a examinar de qué modo es posible elaborar un discurso teológico suficientemente ceñido a los cánones de una científicidad rigurosa. Así, frente al descrédito de que la teología es objeto por parte de la filosofía analítica, para la cual las proposiciones teológicas en la medida en que no son verificables (y, por tanto, también no falsificables) carecen de cualquier valor proposicional de cara al conocimiento de la realidad, Beinert propone una definición de la teología como “ciencia que se ocupa del sentido.” Pero, ¿qué debemos entender por sentido? A esto Beinert responde que las ciencias naturales y las ciencias del espíritu se distinguen entre sí por su objeto formal, “pero las dos se enfrentan con el mismo problema básico: tienen su fundamento en sí mismas. En el horizonte de sus campos de investigación se les abre siempre una realidad ilimitada, que debe fundamentar la realidad limitada a la que ellas se refieren. Esa realidad, que se apoya en sí misma y que, por ende, da base a todo lo demás, es lo que llamamos sentido.” El sentido, pues, subyace en toda la realidad y se manifiesta en todas las cosas, aunque no se lo pueda captar plenamente con una investigación empírica. Beinert agrega que lo que los hombres han entendido históricamente por Palabra de Dios se refiere precisamente a ese sentido que lo fundamenta todo.

De este planteamiento deriva una presión importante del objeto de la teología. “Mientras las demás ciencias han de trabajar con objetos, la meta de la teología es ocuparse del sentido que está en todas las cosas explicándolas, y que, por lo mismo, ya no puede estar en la categoría de las cosas... Por consiguiente, la teología no tiene ningún objeto; ni tampoco es la ciencia de lo par-

ticular, pues no se ocupa de Dios en sí, sino en cuanto fundamento de toda la realidad restante que nosotros podemos abarcar”.

A pesar de lo discutible que pueda ser el planteamiento de Beinert, representa un esfuerzo honesto por fundamentar las pretensiones de cientificidad de la teología, que con tanta frecuencia se da por supuesta precipitadamente en muchos centros de enseñanza teológica.

Desde luego, esta definición de la teología como ciencia que se ocupa del sentido no constituye su definición última, porque el sentido no es siempre igualmente patente en todas las esferas de la realidad. En efecto, hay un momento de la historia en el que el sentido se ha revelado con intensidad insuperable: ello ha ocurrido en Jesús de Nazareth. Este hecho es la condición de posibilidad de una teología propiamente cristiana.

Como, por otra parte, la revelación de Dios en Jesús de Nazareth se ha expresado y transmitido a través de la Escritura y como, además, ésta ha sido elaborada en un contexto socio-cultural muy determinado, el acceso a la revelación divina impone el recurso a un método histórico-crítico que proporcione las claves para la hermenéutica adecuada de los textos sagrados. De ahí la necesidad de las distintas reglas de interpretación bíblica dadas por la crítica textual, la crítica literaria, la historia de las formas, etc., que Beinert describe en el antepenúltimo capítulo.

La **Introducción** concluye, finalmente, con unas reflexiones sobre la relación de la Iglesia con el quehacer teológico, así como sobre la constitutiva referencia de la teología a la práctica creyente.

En síntesis, la obra de Beinert representa un esfuerzo serio por presentar la problemática con la que se enfrenta la teología en la medida en que ésta pretende constituirse en saber crítico. Beinert sostiene que, si bien es cierto que “en Cristo, por ser la ‘última’ palabra de Dios, está contenida toda la revelación... esta afirmación sólo es válida en el ámbito lógico-cognoscitivo.” La teología debe ser un saber abierto en el cual no quepan “ni proposiciones ni fórmulas de validez universal” y debe estar siempre dispuesta a “afrontar las cuestiones críticas, atacar los tabúes eclesiásticos y ‘volver a plantearse’ también las comunes convicciones cristianas,” lo cual no supone sin más un desprecio por la tradición y el magisterio, pero sí una comprensión más honda y más lúcida de la fidelidad que se les debe.

Michel Maffesoli. **La violencia totalitaria. Ensayo de antropología política.** Barcelona: Herder, 1982, 33 páginas.

1 Esta obra de Maffesoli, **La violencia totalitaria**, bien podría llamarse de otro modo. La violencia totalitaria es solamente uno entre otros varios temas que el autor aborda en este libro. Por eso resulta más apropiada la glosa con que se acompaña el título, “ensayo de antropología política.” En esto consiste precisamente el libro de Maffesoli: es una reflexión de antropología política acerca de una serie de cuestiones problemáticas (el poder, la violencia, la revolución, el progreso, etc.) en cuyas aproximaciones se perfilan con bastante nitidez las influencias de C. Durand, J. Freund, G. Balandier, L. Moulin, M. Weber y otros.

La exposición de Maffesoli es de lectura lenta y difícil no sólo por la pluralidad de autores que entrecruza, sino también, paradójicamente, por un bien pulido estilo en el que la carga metafórica redundante en cierta imprecisión de los conceptos. Como el propio autor lo confiesa, su reflexión desemboca en “un estudio próximo a lo poético, para el que es menos importante cambiar el mundo que ir a lo más profundo en la investigación y en la mostración.”

La obra contiene debilidades patentes. Una de ellas consiste precisamente en este menosprecio de la praxis, concomitante con la incapacidad para percibir que no existe la más mínima posibilidad de “ir a lo más profundo en la investigación” si no se tiene una decidida voluntad por “cambiar el mundo.”

No obstante ello, las reflexiones de Maffesoli constituyen una sacudida crítica al señalar que la totalidad de la existencia humana “se vive en una ambivalencia que no podemos menos que reconocer.” Pero sólo a partir de esta ambivalencia es posible la relativización de cualquier realidad humana, en la medida en que muestra que la ambigüedad latente en todo proyecto socio-histórico puede desenvolverse en el sentido de una potenciación de las mejores posibilidades humanas, pero también en la dirección de una aberrante desvirtuación de éstas. Tal ambivalencia es particularmente peligrosa en el caso del poder, puesto que “puede decirse, con independencia de los hombres o las doctrinas que le sirven de basamento, que el poder no cambia de naturaleza mientras no se pongan en tela de juicio sus invariantes estructurales.”

C.A.

Maffesoli no rehúsa en ningún momento encarar la intrínseca complejidad de los problemas planteados por una genuina antropología política. De ahí que considera inadmisibile la reducción del campo de lo político —que para él coincide con el campo de la “estructuración societaria”— a la problemática del poder, “conviene devolver al campo de lo político su dimensión plural y no creer que queda agotado una vez que se lo ha reducido a la lucha por el poder.”

La misma actitud crítica se manifiesta ante la problemática de la revolución, cuestión que explícitamente ha llegado a ser tan crucial para nuestro tiempo. Maffesoli destaca con implacable imparcialidad —en la medida en que esta “imparcialidad” es posible— la “ambivalencia social” del fenómeno revolucionario, para percibir la cual no se trata de “emprender un estudio exhaustivo y detallado de las revoluciones o de la sociología de la revolución, sino de captar una lógica de la misma.”

Con todo, este planteamiento en torno a la ambivalencia de la revolución desborda quizá en un exceso de pesimismo. Maffesoli cree observar en todo movimiento revolucionario una constitutiva tendencia a la institucionalización de sus estructuras de insurgencia una vez que éstas han triunfado. Este fenómeno, que él engloba dentro de lo que denomina el “retorno del péndulo,” no constituye “un hecho meramente fáctico, sino, por el contrario, algo estructuralmente vinculado a la revolución.” De allí que su reflexión desem-

boque en consideraciones deprimentes —pero no por ello menos reales en numerosos casos— como la siguiente, la revolución “es la ruptura violenta de la barrera que se opone a la circulación de las élites” o de, como señala Freund, “el revolucionario auténtico es un conservador.”

Las consideraciones anteriores, sin embargo, no le impiden comprender que un genuino proceso revolucionario constituye una descomposición esencial de la estructura societaria y que, en ese sentido, “hablar de complot internacional o nacional con respecto a un movimiento revolucionario pertenece al terreno de la propaganda o de la vulgarización periodística”.

Particularmente sugerente, por otro lado, resulta el desarrollo temático de las “afinidades electivas” entre movimiento religioso y desarrollo revolucionario. Maffesoli “no puede evitar el reconocer la carga religiosa... de toda situación revolucionaria,” la cual se expresa tantas veces en un “imperativo religioso que se laiciza en imperativo revolucionario.”

Por estas y otras cuestiones, la lectura de este libro puede resultar provechosa. pero, como el mismo autor enfatiza, “todas las cuestiones planteadas permanecen abiertas.” Las reflexiones de Maffesoli, pues, no formulan soluciones definitivas. Desde nuestro punto de vista, no es esta apertura, ciertamente, el más opaco de sus méritos.

C. A.